

REAL ACADEMIA  
DE  
CÓRDOBA

COLECCIÓN  
T. RAMÍREZ  
DE ARELLANO

XI

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA  
**2 - CALLEJEANDO POR LOS BARRIOS  
DEL CASCO HISTÓRICO**

# El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia



## 2 - Callejeando por los barrios del casco histórico

FRANCISCO SOLANO  
MÁRQUEZ  
COORDINADOR



INSTITUTO DE  
BELLAS LETRAS  
REAL ACADEMIA  
DE CÓRDOBA  
1810

Coordinador  
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

2024

2024

Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*

El callejero cordobés,  
reflejo de nuestra Historia

2

# **Callejeando por los barrios del casco histórico**

Coordinador:  
Francisco Solano Márquez



REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES  
DE CORDOBA

2024

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA  
2 / CALLEJEANDO POR LOS BARRIOS DEL CASCO HISTÓRICO  
Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*

Coordinador:

Francisco Solano Márquez, académico correspondiente

Portada:

Arco Bajo de la plaza de la Corredera

© Real Academia de Córdoba

© Los Autores

ISBN: 978-84-129784-0-7

Dep. legal: CO 2208-2024

Impreso en Litopress. [edicioneslitopress.com](http://edicioneslitopress.com) - Córdoba

---

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia

---

## 2. Callejando por los barrios del casco histórico



# Santiago, geometría de sol y viento

ANTONIO VARO PINEDA  
Catedrático jubilado del IES Séneca de Córdoba



El jardín del padre Rafael María Cantueso es poco más que un aparcamiento ligeramente arbolado al que resguarda muy parcialmente un lienzo de la muralla de la Ajerquía. Ocupa la esquina sureste del barrio de Santiago y es un buen punto para iniciar el paseo, porque la invocación a este recordado dominico al que muchos cordobeses, entre ellos el paseante, conocimos, tratamos y quisimos, ayudará a que el paseo por el barrio se llene de esa hondura, de esa *unción* cordobesa que emanaba la figura de este irrepetible sacerdote, uno de los grandes *cipreses* de Córdoba, en palabras de Antonio Ramos Espejo aplicadas a Pablo García Baena que fue, sin duda, el último de ellos.



*Jardín dedicado al dominico Rafael María Cantueso, junto a un lienzo de la muralla de la Ajerquía. (Foto MC).*

Frente al jardín se levanta, ya fuera de la demarcación oficial de Santiago, la ermita de los Santos Mártires, que con absoluta timidez recuerda el grandioso monasterio que ocupó toda la explanada junto al meandro del río. Aquí el paseante hace una pausa, respira hondo y vuelve a lamentar la infame afrenta a nuestra historia y nuestro patrimonio que supuso la Desamortización decretada por el Gobierno *pro-*

*gresista* presidido por un tal Mendizábal, cuya memoria merece ser eternamente maldecida.

Avanza el camino por la Ronda de los Mártires. El canto de los pájaros convive aquí con el ruido de los coches que pasan y las voces de algunos niños que juegan, invisibles, en los patios de sus casas. El paseante llega a la esquina del Paseo de la Ribera con la calle llamada oficialmente Ronquillo Briceño, pero que él, siguiendo el uso popular, sigue designando de forma pertinaz con el poético nombre del Viento. Antes de adentrarse en ella echa un vistazo al Molino de Martos y trata de contemplar una de las perspectivas preferidas por los grabadores del siglo XIX para trazar una panorámica de la ciudad: no lo consigue, porque la proliferación de árboles en esta zona se lo impide.



*La angosta calle Ronquillo Briceño, antiguamente del Viento, esquina a Agustín Moreno. A la izquierda, el pórtico de acceso a la parroquia de Santiago. (Foto A. Varo).*

Al entrar en la calle del Viento la explosión de luz de la Ribera se torna, en esta mañana del incipiente verano cordobés, en una combinación de frescor, estrechez y penumbra que ciega en los primeros momentos y que convierte su recorrido en una calma sensación apetecible. Es una calle cuya angostura congénita, como tantas otras del casco histórico, le dio la condición de peatonal *avant la lettre*. En el lado occidental de la calle, la mayoría de las construcciones, aunque son recientes –del último medio siglo o muy poco más, en realidad– tratan de recordar el aspecto de las que antaño ocuparon sus solares. Es el caso, por ejemplo, de la casa número 12, en cuya fachada una placa de Vimcorsa nos recuerda el carácter social de las viviendas que la forman: dentro se ve un escueto patio con algún soportal que re-

cuerda de forma muy borrosa las casas de vecinos, aunque éste se halla prácticamente vacío de flores y macetas. A su lado, el número 10 es un ejemplo de casa modesta convertida en 2011 en el hotel Viento 10, un hotel de lujo..., “de lujo” en el sentido más humano y auténtico del término: ¿hay algo más lujoso y exclusivo en nuestro tiempo que la paz, el silencio y la luz en pleno casco histórico de Córdoba?

La calle es un eje perpendicular que conecta los trazados paralelos de la Ribera y de la calle llamada oficialmente de Agustín Moreno; a diferencia de lo que ocurre con la del Viento, el uso popular ha olvidado el poético nombre del Sol que tuvo durante varios siglos, y que se justifica plenamente si el caminante tiene la ventura de trazarla con sus pasos en las horas en las que el astro rey lanza sus rayos con la última fuerza antes de su retirada vespertina.

La iglesia de Santiago –tierra sólida, piedra centenaria– sirve de enlace entre la sutileza del Viento y el poder omnipresente del Sol. El agua quedó atrás, allá en el río, y el fuego..., el fuego forma parte de esta historia, porque un incendio provocado aquí en diciembre de 1979 fue la causa del hundimiento de la techumbre del templo, acaecido poco después y adelantó quizá, sin pretenderlo, el desastre que pocos años después afectaría al cercano templo de San Pedro, aunque éste no sufrió durante un día el suplicio de las llamas sino, durante más de una década, algo mucho peor: la tortura de la indiferencia. El incendio de Santiago se inició precisamente en la puerta *principal* que nunca lo ha sido, ya que se abre a la umbrosa angostura del Viento; destruyó parte importante del patrimonio de la Hermandad del Cristo de las Penas y provocó una conmoción en la ciudad, que aún recordaba con pavor (y la palabra “pavor” no tiene la misma etimología que “pavesa”, pero aquí lo parece) el incendio, también intencionado, que se llevó por delante el retablo barroco de la iglesia de la Merced y del que no habían pasado aún dos años.

Hubo que esperar más de una década para recuperar Santiago, que fue salvada en lo estructural pero que, al igual que ocurrió en San Pedro, sufrió un escandaloso expolio en lo patrimonial. Su interior conserva el antiguo minarete, y casi todo en ella es de nueva factura, con la presencia –como en la vecina Basílica– de varios “falsos históricos”. El ábside alberga la imagen del titular que recibe las miradas de quienes inician en Córdoba el Camino de Santiago en cualquiera de sus versiones. La efigie barroca, de aceptable calidad, queda degrada-

da por un templete tan pretencioso como *kistch* que ocupó un lugar de honor en el pabellón de la Santa Sede de la Expo del 92... ¿Alguien se acuerda de la Expo, por cierto?

El paseante sale del templo y vuelve a la esquina del Viento, no sin antes pedir permiso mentalmente a los rockeros de Medina Azahara por usar esta expresión, título de una de sus canciones; se detiene, respira y reflexiona: “Estoy entre el Viento y el Sol, pisando la tierra en la cercanía del agua y en la memoria del fuego”. Con estos cuatro elementos al alcance de la mano se siente en el centro de gravedad del barrio, en el corazón que lanza los latidos a todo el cuerpo vecinal; pero es un centro de gravedad que, en contra de lo más habitual, no consiste ahora en una plaza ajardinada ni un amplio compás delante del templo, sino sólo la confluencia de una calle estrecha y sombría con uno de los tramos de la larguísima vía paralela a la Ribera que, con varios y evocadores nombres, empieza en la Puerta de Baeza y termina en el muro sur de la Catedral.



*Uno de los tramos de la quebrada calle Siete Revueltas y patio de la Casa de las Campanas. (Fotos MC).*

Si la iglesia de Santiago es el corazón del barrio, la calle del Sol es su columna vertebral y, seguramente, la arteria aorta es la calle de las Siete Revueltas, cuyo nombre es su mejor descripción. Como en la calle Santa Inés, se hace grato este deambular serpenteante: el zigzaguo de su trazado guía los pasos del viandante y éste se entrega gustoso a un aleatorio juego de luces y de sombras. Aquí parece que la exacta geometría perpendicular del Sol y el Viento se pierde y se distorsiona, pero no es así: basta seguir caminando para encontrar más ramificaciones arteriales y, en las callejas, sus vasos capilares.

Muy cerca de su entrada se encuentra la Casa de las Campanas, un antiguo palacio de noble historia y sereno presente; a estas horas de la mañana está cerrada, pero el paseante entrevé tanto como recuerda el

patio, a medio camino entre claustro conventual, palacete mudéjar y patio popular propiamente dicho. La Casa se ha convertido en uno de los lugares emblemáticos del Festival de los Patios Cordobeses. En 1982 fue adquirida y restaurada por la Asociación de Amigos de los Patios, tanto para su conservación como para acoger actividades festivas y culturales, y no sólo en el marco del Festival del mes de mayo.

Tras el tercer ángulo, el silencio se ahonda y sólo llega el ruido de algún vehículo motorizado. No es, a pesar de todo, un silencio grato, casi podría decirse que se trata de un silencio muerto, porque hay silencios muy vivos, pero no es el caso: esta ausencia de ruidos inmediatos significa, realmente, una pérdida de autenticidad. Quien lleva sus pasos por estos recónditos espacios echa en falta los sonidos que antaño salpicaban de continuo los tímpanos del viandante: gritaban las vecinas de una ventana a otra contándose sus cosas, chillaban las voces de niños jugando al escondite, cantaba alguna garganta una canción del Dúo Dinámico mientras barría el patio... Las casas de vecinos, en efecto, estaban llenas de vida, de mucha gente que vivía, a veces hacinada, todo hay que decirlo. En realidad, los tan ponderados patios cordobeses —y la afirmación se la debo a Francisco Solano Márquez— no dejaban de ser una forma de infravivienda y subdesarrollo, aunque ahora se vean a través del filtro emborronado de un pintoresquismo falsamente sentimental. Ahora, en cambio, el paseante oye incluso sus propios pasos que —escoltados ocasionalmente por el canto de algún pájaro— rebotan de una pared a otra en estas estrecheces.

De vez en cuando una calle sin salida evoca algo misterioso. El caminante sigue su camino y echa de menos otro elemento que históricamente marcaba estas calles: los olores, y no sólo los de las flores y los limoneros, sino también los de las cocinas comunales —paraninfo de guisos y potajes—, y también los del sudor, de la sosa y el aceite requemado para hacer jabón casero y —¿por qué no decirlo?— el hedor persistente y punzante de las letrinas, las lejías, el Zotal y los matarratas. Aquello era también vida, y vida en ebullición en toda su complejidad. Hoy, los progresos del confort y de la higiene han preterido esas sensaciones, que quedan para siempre en el desván de una memoria sentimental que las nimba de un romanticismo que no tuvieron en su momento. A quien quiera conocer cómo era aquello, cómo se gestionaba la convivencia en esos sitios, el viandante le recomienda encarecidamente la lectura de *La Casa de los Muchos*, un libro de Sebastián

Cuevas editado por el Ayuntamiento de Córdoba en 1989 y hoy disponible en edición digital.



*Plaza del Conde de Gavia, frente al jardín de San Bartolomé, ya perteneciente al barrio de San Pedro. (Foto MC).*

Andando, andando, el peatón alcanza la plaza del Conde de Gavia, casi en el límite con San Pedro y la Magdalena, en las inmediaciones del jardín de San Bartolomé. En la inmediata posguerra, estuvo en esta plaza una de las primeras casas —sería excesivo llamarlas “iglesias”— donde rendían culto los pocos protestantes que había en Córdoba tras la contienda; eran otros tiempos, cuando desde las procesiones de impedidos que pasaban por esta plaza o por sus cercanías se elevaban cánticos de intolerancia como el que decía: “¡Fuera, fuera, protestantes, / fuera, fuera de la nación, / que queremos ser amantes / del Sagrado Corazón!”.

Sigue el paseo. Por Alfonso XII se llega a la calle Cruz Verde que, como otras de su nombre en muchos pueblos y ciudades españolas, debe su nombre al Tribunal de la “Santa” Inquisición, que debió de tener por aquí algunas de sus sedes. El ambiente es similar: soledad, un silencio sólo roto por el trino de pájaros invisibles y casas modernas que sólo en el encalado externo recuerdan a sus modestas predecesoras. Sin solución de continuidad la calle pasa a llamarse de Ravé tras el cruce con Travesía de Barrionuevo.

No es éste un lugar frecuentado por el turismo, aunque hay cerca algunos alojamientos turísticos. Un visitante foráneo tal vez se fijaría en esta arquitectura sencilla, casi toda de los últimos cincuenta años,

sin que falten solares o casas abandonadas en espera de mejores tiempos que seguramente vendrán de la mano de una inmobiliaria: es lo que ocurre, por ejemplo, en la casa cerrada y vacía que ocupa el número 5 de la calle Ravé. Muy cerca de ella, una tienda de alimentación –Casa Pedro– es una muestra de los escasísimos espacios comerciales ubicados en estas callejas.

Algún pasaje, como el que tiene uno de sus accesos junto al número 6 de esta misma calle, recuerda remotamente las antiguas *casas de paso*; sin embargo, el espacio abierto y el predominio de las *plazas duras* le restan el calor humano y la autenticidad que el paseante reencontra, por ejemplo, cuando sus pituitarias se llenan deliciosamente del olor a estofado de patatas con bacalao que alguna vecina debe de estar preparando; las ventanas abiertas a esta mañana de un verano aún jovencísimo le otorgan este privilegio. El olor también reconcilia, y Proust se olvidó de incluirlo en la evocación de su famosa magdalena.

La calle Frías traza una perpendicular exacta a Ravé. El número 18 tiene una espléndida entrada ajardinada y se vislumbra, a través de la reja –silencio blanco, limones amarillos, tapiz verde– lo que puede ser un paraíso privado de los que aún quedan ejemplos en el casco histórico. Debe de haber alguno más por aquí cerca, aunque esté bien disimulado por las puertas cerradas.



*Perspectiva de la calle Frías, un oasis blanco y solitario en el que se respira tranquilidad. (Foto MC).*

A veces se lleva uno sorpresas insospechadas: andando por la calle Frías se encuentra quien camina un largo callejón sin salida, que lleva

el maravilloso nombre de “Calleja del Santísimo”... A saber el motivo por el que, en algún momento, alguien dio tan elevado nombre a este callejón que termina en un solar abandonado: “Suelo en venta - Uso residencial - Activos propiedad de Sareb”. El cartel hace que quien lo lea tope bruscamente con la más prosaica realidad: en una calleja de nombre místico, se ofrece un sitio espléndido para quien quiera hacerse su propio paraíso privado en este recóndito espacio del casco histórico... y cuente, por supuesto, con numerario suficiente para construirlo si no se le adelanta una promotora o una empresa de alojamientos turísticos.

No es este el único solar que hay en este barrio, pero tampoco son demasiados. En cualquier caso, recorrer sin prisa estas callejas, abiertos sobre todo los ojos —ya que los oídos tienen aquí poco trabajo— hace pensar que la recuperación del casco histórico, sobre todo en los barrios menos frecuentados por el turismo, es una asignatura que estaba suspendida (“Muy Deficiente” se decía entonces) a mediados de los años setenta del pasado siglo; la recuperación empezó en los ochenta, y desde entonces se ha ido avanzando hasta llegar a la situación actual. Se han hecho méritos para el aprobado, pero todavía queda bastante para alcanzar el notable.

De vuelta a la calle Frías, el paseante de pronto oye una conversación antes de ver a sus protagonistas. La calle está tan vacía que las blancas paredes reverberan el coloquio y devuelven las voces. Dobla una esquina y ve a una vecina que pinta con mimo los barrotes de la reja de una ventana de su casa. Está hablando con otro vecino que elogia, al pasar, sus habilidades con la brocha y la pintura. “Pintora me voy a hacer”, contesta ella sonriendo. La vecina se llama Rafaela González Galindo, lleva viviendo aquí muchos años y aprovecha su día libre —trabaja en el Horno de San Pedro, en la calle del Poyo— para embellecer aún más la fachada de su casa. Recuerda Rafaela al paseante que muy cerca de allí había unas bodegas de Carbonell, que regalaban a quien pasara por delante de su puerta el frescor y el aroma del vino sometido a la caricia del tiempo, y recuerda el aromático calor que emanaba de otro horno —con pan y vino se anda el camino, dicen— y evoca asimismo un taller de platería... Lamenta, en cambio, la soledad que campa a sus anchas en estas calles estrechas, que se traduce en temor a partir de ciertas horas.

Es éste, en efecto, un barrio exclusivamente residencial, de clase media o media-baja, y a estas horas de puertas y ventanas cerradas parece que no hay nadie o casi nadie. Quizá los vecinos están dentro, protegiéndose del calor que ya apunta, o fuera, en sus quehaceres y trabajos, como si este barrio fuera sólo una minúscula ciudad dormitorio para los vecinos estables y los huéspedes efímeros de los alojamientos turísticos que, como en todo el casco histórico, empiezan a brotar aquí y allá en casas nuevas o remodeladas. Hasta aquí no ha llegado, y no parece fácil que lo haga, el fenómeno de la llamada “gentrificación”, aunque habrá que estar alerta. Su ubicación recogida y su distancia del núcleo central del foco turístico evitarán que se convierta, como le ha ocurrido a la Judería, en un bullicioso pero triste y superficial parque temático.



*Vista de la calle Barrionuevo, la más larga de Santiago, que conecta Agustín Moreno con Puerta Nueva. (Foto A. Varo).*

La calle Barrionuevo es tal vez la más larga del barrio, y también la que alcanza más anchura en alguno de sus tramos, aunque se angosta de forma considerable en sus dos extremos: el que termina en Agustín Moreno y el que confluye con el jardín de la Niña del Milagro. Su trazado dibuja una línea recta con sólo dos muy breves y suaves curvas. Quizá algunos tramos de esta calle ofrezcan en nuestro tiempo una visión cercana y realista de cómo eran las calles de Córdoba hace un siglo, o incluso más.

De una de las casas sale a diario el ruido de un taller. El viandante llama y le abren. Cruza el portón y se adentra: huele a madera y a barnices y parte del suelo está alfombrado de virutas. Aquí se fabrican

muebles de lujo, pero también y sobre todo pasos de Semana Santa y retablos de iglesias. Es el taller de Manuel Valverde Serrano y antes fue de su padre, Andrés Valverde Luján. Manuel es el tercero de una dinastía de artistas de la talla en madera que inició su abuelo, Rafael Valverde Toscano, antes incluso de la guerra. “Mi padre –informa Manuel– se vino aquí en 1972, hace ya medio siglo. La calle estaba llena de talleres de platería, y todos o casi todos se han ido a polígonos industriales o han cerrado”. La presencia de casas abandonadas llama la atención: “Cerca del cuarenta por ciento de las casas –prosigue Valverde– están ahora cerradas y abandonadas, y la estrechez de los dos extremos de la calle, que dificulta el paso de grúas y camiones, disuade de la construcción en este sitio”.

Hay muchas casas cerradas, pero no es el caso de la número 8, junto a la esquina con Travesía de Barrionuevo. Tal vez sea la mejor conservada o restaurada de la zona, y manifiesta el estilo clásico de las casas populares. Tiene una sola planta, con una amplia azotea arriba y una puerta y cuatro ventanas que la asoman al exterior. Hay que imaginar que una traza similar tendrían muchos inmuebles de este barrio en tiempos pasados.

La calle Valderrama llega hasta la Ribera y, en el otro extremo, hace esquina con la de Agustín Moreno en el convento de Santa Cruz, vulgo “Santa Gema”; a unos cuantos metros de esa esquina, un portón da acceso a las furgonetas que llevan y recogen las sábanas y mantelerías con que las clarisas franciscanas dan cumplimiento, en su lavandería industrial, al noble precepto benedictino de *ora et labora*, que se completa, como en otros conventos, con la fabricación y venta de dulces.

El viandante dobla la esquina y se adentra en la calle del Sol. Quiere acceder al convento y entra despacio, saboreando con los pies y los ojos el compás que precede a la iglesia del cenobio: “patio de recibo” le llaman las monjas, y eso es, un ámbito de paz y de silencio que sirve, para ellas, de amortiguador gradual de los ruidos de la calle y, para quienes se acercan, un espacio de desconexión que deja atrás los bullicios y las prisas.

En ese mismo patio de recibo es fácil evocar los jueves en que jóvenes estudiantes en época de exámenes y personas mayores durante todo el año invocan con su fe sencilla, que no entiende de teología ni de planes pastorales, a esta santa joven: joven no sólo porque murió



*Compás o patio de recibo del monasterio de Santa Cruz con la galería de acceso al templo formada por arcos de medio punto. (Foto A. Varo).*

con 25 años, sino porque fue la primera mujer del siglo XX en ser canonizada (murió en 1903 y fue canonizada en 1940) y lleva, pues, menos de un siglo en los altares. Su devoción se extendió con rapidez por todo el mundo y, en este convento, su nombre ha llegado a desplazar en el habla popular –con comprensible desagrado por parte de las religiosas– al título de Santa Cruz que ostenta el centenario cenobio.

De todas formas, cualquier jueves del año traza en el patio de recibo del convento un fresco costumbrista donde se ven, borrosas por el continuo movimiento, idas y venidas, plegarias musitadas, ceras encendidas o flores ofrendadas. Y más ruido por dentro que por fuera. Queda pendiente, al paseante y a muchos cordobeses, la asignatura de visitar el palacete barroco existente en su interior y restaurado hace unos años.

Cuando visita conventos de clausura como Santa Cruz, Santa Marta, la Encarnación o Santa Ana no puede reprimir un pellizco de nostalgia anticipada, y perdón por el oxímoron. Sabe perfectamente que estos lugares recoletos y silenciosos, auténticos parques naturales del espíritu, tienen la decadente belleza de lo irremediable. Sus días, mal que pese, están contados y pronto –sin duda antes de que pase esta generación–, serán tan sólo un recuerdo. Sus iglesias y capillas se convertirán en fríos museos sin olor a flores, incienso ni velas encendidas y sus celdas, sus claustros y sus huertos, acogerán en el *mejor* de

los casos a clientes de restaurantes de lujo o de hoteles de cuatro o cinco estrellas. Hay, pues, que empaparse del aire diferente que brota de estos oasis espirituales, amparados ahora por altos muros blancos. Y hay que hacerlo antes de que sea demasiado tarde.

\* \* \*

Se acerca el final del callejeo. El paseante se acuerda de un precioso verbo del francés, *flâner*, de difícil o, más bien, imposible traducción al español; el diccionario Robert define su significado como “Se promener sans hâte, en s’abandonnant à l’impression et auspectacle du moment” (‘pasearse sin prisa, abandonándose a la impresión y al espectáculo del momento’). Es lo que ha hecho durante esta mañana de principios de verano, y antes de terminar su paseo *se abandona a la impresión y al espectáculo del momento* en la plaza de Valdelasgranas, donde confluyen varias isobaras históricas y sentimentales. Preside el lugar el Palacio de los Marqueses de Benamejé, residencia del protagonista de *La feria de los discretos*, la novela de Baroja publicada en 1905 y ambientada en los años de la Revolución de 1868 y hoy Escuela de Arte Dionisio



*La plaza de Valdelasgranas se abre frente al palacio de los Marqueses de Benamejé, que hoy acoge la Escuela de Arte Dionisio Ortiz. (Foto MC).*

Ortiz. En la plaza, unos cuantos veladores sostienen los desayunos tardíos y nada apresurados de unos cuantos parroquianos.

Justo frente al histórico Palacio, una antigua casa, convertida hace tiempo en centro educativo, acoge el Colegio Público Caballeros de Santiago ya que, al parecer, en su solar se hallaba la sede en Córdoba de la histórica orden militar. Pero antes de colegio esa casa acogió una bodega, que con el nombre de la Fuensanta crio, ensolero y distribuyó vinos de Montilla y Moriles en los años difíciles de la posguerra. En 1948 la bodega recibió la visita de un pintoresco clérigo madrileño, llamado Andrés María Mateo, que poco después se trasladaría a Nueva York y luego a San Francisco, donde andando el tiempo colgó los hábitos y se casó con una estrella del music-hall. En su visita a las instalaciones el peculiar sacerdote escribió con tiza en una de las botas una quintilla que el paseante sabe de memoria desde su infancia, porque se la enseñó su padre, que a la sazón trabajaba en la oficina de la citada bodega. El texto decía: “Con un vaso de buen vino, / como el maestro Berceo, / canta tu encanto divino, / Córdoba, tu peregrino / Andrés María Mateo”. El paseante respira hondo para hacer bajar el nudo que se le ha subido en la garganta al escuchar, sólo con los tímpanos del alma, esos cinco versos que tantas veces recitó su progenitor. La bodega cerró a principios de los años cincuenta y la casa fue adquirida por el Ayuntamiento para hacer en ella el colegio.

El sol toma completa posesión a mediodía de la calle a la que dio nombre. El paseante hace una pausa en la taberna Los Mochuelos, entra y pide un medio. No hay en el establecimiento un cartel que diga “Reservado el derecho de admisión”, pero hay algo cuya entrada está vedada de forma tácita: es la prisa y, sin prisa, es fácil beber vino y evocar los tiempos en que mucha gente venía a disfrutar de un manjar hoy prohibido, los sabrosos pajaritos fritos y zorzales que servían. El paseante camina al lugar donde dejó estacionado su coche, en un hueco milagroso que encontró, antes de iniciar su *flaneo*, en un aparcamiento ligeramente arbolado al que resguarda muy parcialmente un lienzo de la muralla de la Ajerquía y que lleva el nombre venerable de Rafael María Cantueso, uno de los últimos *cipreses* de Córdoba.

## ANEXO

### **Breve explicación de los topónimos del barrio de Santiago**

por Francisco Román Morales

**Aceite.** Según la ficha del callejero de la Gerencia Municipal de Urbanismo, Aceite sería el nombre medieval de esta calleja, conocida posteriormente como del Portichuelo, de Tauste y de Góngora, recuperando el nombre actual a principios del pasado siglo.

**Agustín Moreno.** Agustín Moreno y Ramírez, (Córdoba, 1810-1883). Virtuoso sacerdote que dirigió el Asilo de Mendicidad (1864), sin retribución alguna y dando continuos ejemplos de caridad y de un celo digno de imitar. Fue también un apreciable escritor.

**Barrionuevo.** Con este nombre, documentado en los primeros años del siglo XV, se alude a una zona urbanizada después de la conquista.

**Campo Madre de Dios** (compartida con Polígono de la Fuensanta). El origen del topónimo procede del antiguo convento de Nuestra Señora de los Remedios y San Rafael, conocido popularmente por convento Madre de Dios, actual casa de acogida.

**Claustro.** Conocida con este nombre desde la Edad Media, el origen del topónimo se encuentra en el hecho de que el claustro del convento de los caballeros del Temple recaía a la misma.

**Conde de Gavia,** plaza. El nombre de esta plaza se debe al hecho de que en ella radicaron las casas solariegas del Conde de Gavia, familia que vivió en ellas hasta finales del siglo XVIII.

**Cruz Verde.** Según Ramírez de Arellano, el nombre de esta calle procede de la presencia de una gran cruz de este color lo que, en su opinión, denotaba que la casa pertenecía al Tribunal de la Inquisición.

**Frías.** Suponemos que el nombre de esta calle debe hacer referencia a algún vecino de tal apellido. Aparece referenciada en el plano de 1851.

**Guadamacilero Juan Carrillo.** Fue uno de los guadamacileros que más destacó en el siglo XV. La calleja que lleva su nombre se encuentra en la zona donde los curtidores de pieles desarrollaban su industria, próxima al río, por las necesidades de agua que la misma generaba.

**Luis Díaz.** Desde finales del siglo XV esta calle recibe su nombre en alusión a uno de sus vecinos.

**Nacimiento.** Es de suponer que el origen debió estar en la presencia de alguna representación de este pasaje de la vida de Jesucristo.

**Niña del Milagro,** jardín (compartido con La Magdalena). La génesis de este topónimo se remonta a la llegada del general Dupont y recuerda a una niña de

pecho que salvó la vida después de la acometida de las tropas francesas, tras el atentado sufrido por su general a manos de Pedro Moreno, vecino de la zona.

**Padre Rafael Cantueso**, jardines. Rafael María Cantueso Cárdenas, O.P. (Córdoba, 1922-2008). Ordenado sacerdote en 1960. Cofrade y hermano de la Hermandad de las Angustias, fue uno de los fundadores junto a su amigo Pablo García Baena de la cofradía del Cristo del Remedio Ánimas.

**Puerta de Baeza**, jardines. La puerta de Baeza recibe su nombre bien por haber sido el lugar donde acamparon las fuerzas procedentes de esta localidad jiennense durante la conquista de la ciudad, bien por ser el punto de partida desde Córdoba hacia la citada población.

**Puerta Nueva** (compartida con La Magdalena y Cerro de la Golondrina). Según cuenta Ramírez de Arellano, la Puerta Nueva se abrió en 1518 con la finalidad de dar paso y servicio a los vecinos de la zona, aunque otras fuentes señalan que su construcción se realiza en 1569 con motivo de la visita de Felipe II.

**Ravé**. El nombre de esta calle tiene su origen en el hecho de haber estado radicada en ella la casa principal de los Gutiérrez Ravé.

**Ronda de los Mártires**. Este lugar recibe su nombre del desaparecido convento de los Mártires, cuya construcción se hunde en la noche de los tiempos, aunque no su destrucción, en las postrimerías del siglo XIX, para permitir el paso de la carretera de Madrid.

**Ronquillo Briceño**. Francisco Ronquillo Briceño, Conde de Gramedo. [Milán (Italia), 1644-Madrid, 1719]. Fue un hombre de Estado. Corregidor en Palencia, Córdoba y Madrid, así como gobernador del Consejo de Castilla. Bajo su corregimiento se regulariza la plaza de la Corredera, dándole su forma actual.

**Santísimo**, calleja del. Calleja sin salida así denominada por una custodia que tuvo pintada en la fachada de una de sus casas. También fue conocida como calleja de Piedrahita.

**Siete Revueltas**. El topónimo de este conjunto de callejas ya aparece documentado en el siglo XIV y se debe al trazado de la misma, formado por siete callejas hasta salir a la plaza del Conde de Gavia.

**Tinte**. Esta calle debe su nombre a un establecimiento que se dedicaba al teñido de ropas y telas.

**Travesía de Barrionuevo**. En opinión de Escobar Camacho, esta calle que comunica Barrionuevo con Ravé podría ser la antigua calle del Arco, documentada en la primera mitad del siglo XV.

**Valdelasgranadas**, plaza. Esta plaza, situada en las inmediaciones de la parroquia de Santiago Apóstol, recibe el nombre de los Condes de Valdelasgranadas. En la actualidad, las antiguas casas nobiliarias acogen el colegio público Caballeros de Santiago.

**Valderrama**. Recuerda a una antigua familia nobiliaria que tuvo sus casas principales en la contigua de Don Rodrigo.

Este callejeo por el casco histórico se concibe como una serie de paseos descriptivos por los barrios tradicionales que surgieron a partir de la conquista cristiana en torno a las parroquias fernandinas; un periodismo de inmersión en los barrios que conjuga descripciones, evocaciones históricas, referencias artísticas y testimonios de variada índole, con la aspiración final de ofrecer unos textos divulgativos e ilustrados al alcance de todo tipo de lectores. Los trabajos originales fueron expuestos por los autores –periodistas vinculados a los tres diarios cordobeses 'de papel', académicos en su mayoría– a lo largo de un ciclo celebrado en noviembre de 2023 y ahora recopilados en estas páginas que pretenden salvarlos de su fugacidad. La inclusión en la colección que la Real Academia de Córdoba dedica a Teodomiro Ramírez de Arellano coincide con el 150 aniversario de la publicación escalonada de los *Paseos por Córdoba*, una obra popular y de referencia, y por tanto pretenden rendir homenaje a tan preclaro cronista.

Entre las singularidades que el Presidente de la RAC, Bartolomé Valle, aprecia en la presentación de esta obra, la primera es la conceptualización de los barrios de hoy, pues "con independencia de su delimitación administrativa actual, los barrios del casco histórico de Córdoba son un balcón a la Edad Media, un reflejo de las collaciones y que cuando los mencionamos, en realidad, aludimos a la parroquia matriz en torno a la cual se integra el callejero y aglutina la feligresía. En realidad se trata de parroquias con barrio que integran la paradoja aparente de un vecindario cristiano que habita sobre un parcelario de morfología musulmana".

